

# BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

**Acusador.**—Con la venia. Quisiera advertir al acusado que podría prestar un gran servicio a la clarificación de los hechos que nos ocupan siendo fiel a la verdad y conciso en su exposición.

**Acusado.**—Por mi no quedará.

**Acusador.**—Eso espero merecer de su recto proceder.

**Acusado.**—La línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. He aquí la divisa de mi vida.

**Acusador.**—De casta le viene al galgo.

**Acusado.**—Yo soy más español que Dios.

**Acusador.**—De eso se trata. De demostrar aquí y ahora que se está al servicio de la patria como ha sido norma y pauta de toda su vida.

**Acusado.**—Y al que ponga en duda mi españolidad es un mal nacido.

**Acusador.**—Que no se me ponga delante.

**Acusado.**—Porque hay quien ha dicho que yo hice lo que hice por hacerlo.

**Acusador.**—Dígame quien lo ha dicho que lo empapelo. ¿Está en la sala?

**Acusado.**—(Otea el horizonte de la sala). Ahora no le veo.

**Acusador.**—¡Ujier! ¡Como aparezca el que ha dicho que el señor acusado hizo lo que hizo por hacerlo me lo esposa y me lo mete en un calabozo de las Chafarinas. Prosigamos. El día de autos usted que hizo.

**Acusado.**—Hice lo que tenía que hacer.

**Acusador.**—¿Podría clarificarme algo más el por qué lo hizo y lo que hizo?

**Acusado.**—Yo no soy orador.

**Acusador.**—No he querido ofenderle.

**Acusado.**—Tal vez no, pero lo ha conseguido.

**Acusador.**—No sé como borrar esta falsa impresión. Por favor no se entristezca.

**Acusado.**—Es que tengo la sensibilidad a flor de Piel. Con todo lo que uno ha tenido que leer y a veces oír.

**Acusador.**—¡Desalmados!

**Acusado.**—¿No querían democracia? Pues aquí la tienen. Ahora estamos pagando las consecuencias. ¿Usted cree que sin esta democracia yo hubiera hecho lo que he hecho?

**Acusador.**—¿Insinúa usted que no?

**Acusado.**—Pero vamos, hombre, ¿A usted que le parece?

**Acusador.**—Yo no he hecho un juicio de intenciones.

**Acusado.**—Se guardará usted muy mucho. Aquí no hay más que juicio que el de Dios y el de la Historia y dé usted gracias a la Naturaleza que me hizo paciente y uno, por espíritu disciplinado, está dispuesto a soportar las peores pruebas, pero otro en mi lugar habría estallado. Porque yo tengo un buen fondo. A mi hay que estudiarle, hay que entenderme y por las buenas de mí se saca todo, lo que se quiera. Pero por las malas ¡Ay, por las malas! Por las malas no me sacan ni la caspa. Tú, Lorenzo, dile al señor acusador como soy yo por las buenas. (Otro acusado desde el banquillo de los acusados).

**Acusado II.**—De tan bueno que eres pareces tonto.

**Acusado I.**—Sin faltar que te arraso.

**Acusado II.**—Lo decía con buena intención.

**Acusador.**—Si lo decía con buena intención.

**Acusado I.**—¿Que no, rediez, que no! Que ya está uno hasta la coronilla de buenas intenciones. Me voy a donde me voy y les digo: Por las buenas. Vengo a salvar a España, con que no me busquen las cosquillas y todos saldremos ganando. Es decir, cuatro palabras bien dichas para que entrasen en razón los hombres de razón. ¿Y qué pasa? Pues que me sale el abuelete canijete a hacerse el chulo. Usted aquí no toca el pito, usted aquí no toca ná, me dice muy chulo el tío, pensando que le iba a colar el cuento de la arterioesclerosis. Y es que no tienen entrañas los enemigos de España. Ven que uno está concentrado en un acto de servicio, largo, pesado, excepcional y en lugar de respetar que uno no está para gaitas puen anda, a incordiar, a poner palos en las ruedas. Otro en mi lugar coge al abuelo y me lo convierte en caldo en cubitos. Pero ¿qué hago yo? Pues le hago la zancadilla a ver que tal estaba de las articulaciones y como no se cae pues me digo, bien, este tío se conserva y me voy a otra cosa, porque uno sabe que los viejos tienen sus chaladuras y si aquel viejo no me quería dejar salvar España ¿qué iba a hacer yo? Y eso no fue lo

peor. Yo había dicho que allí no entraba ni salía nadie, sólo el Enviado y sin respetar lo que era una orden profiláctica y disuasoria se me empieza a meter gente con el mismo rollo. ¿Estás seguro de lo que haces?, ¿tú crees que es lo más conveniente?, ¿no sería mejor que lo consultaras con la tía Leo? Pero bueno, me dije ¿esto es un pitoreo o qué? A ver ¿a qué habíamos ido allí?

(Varios acusados).

—¡A salvar a España!

**Acusado.**—¿Lo oye usted? Repetido para que lo oiga este señor.

(Varios acusados).

—¡A salvar a España!

**Acusador.**—Hemos llegado a ese momento capital, crucial, interesante en el que usted revela la motivación de sus actos. Salvar a España. ¿Estaba España en peligro?

**Acusado.**—Ahora soy yo el que necesita que usted me repita la pregunta porque o no oigo o no comprendo.

**Acusador.**—Es una pregunta y a la vez un hipótesis, es decir, no es una pregunta químicamente pura, es decir, no es una duda, es una hipótesis.

**Acusado.**—Venga ya y no le de más rodeos.

**Acusador.**—¿Estaba realmente España en peligro?

**Acusado.**—Así que había oído bien. Muy bien. ¿Usted que edad tiene, si no es indiscreción?

**Acusador.**—Tal vez no venga a cuento.

**Acusado.**—No, si no me interesa saber su edad. Sólo quiero oír que usted es un adulto, repito a-dul-to y por lo tanto sabe lo que se dice. Usted, que es un adulto y por lo tanto sabe lo que se dice, me lanza una pregunta-hipótesis ¿Estaba realmente España en peligro?

**Acusador.**—Exacto. Esa era mi estricta intención.

**Acusado.**—¿Y usted cree que tiene edad para ir por el mundo demostrando que no sabe en qué mundo vive?

**Acusador.**—No si yo...

**Acusado.**—En otro lugar quisiera que estuviéramos y en otra circunstancia para darle una respuesta cumplida. Pero se abusa de la condición de uno, se abusa de que uno es un acusado y de que la Historia la escriben los acusadores.



**Acusador.**—Retiro la pregunta hipótesis. No estaba en mi intención poner en duda la correcta motivación de usted.

**Acusado.**—Lo dicho dicho está.

**Acusador.**—Por favor, delo por no dicho.

**Acusado.**—Pero está dicho.

**Acusador.**—Le ruego que me disculpe.

**Acusado.**—Vale, porque yo no soy rencoroso. Pero, hombre de Dios ¿No era evidente que España estaba en

peligro? Es que a veces uno tiene que oír lo que no se puede oír.

**Acusador.**—Tal vez no tenga el día.

**Acusado.**—Eso puede ser. Yo tampoco soy el mismo todos los días. Hay días y días. Porque el hombre no es una máquina como pretenden los marxistas.

**Acusador.**—En eso estamos completamente de acuerdo.

**Acusado.**—Que están ahí, oiga.

**Acusador.**—¿Quiénes?

**Acusado.**—No. No se equivoca. No

tiene el día, diga, que usted necesita Fósforo Ferrero. ¿Quiénes? Los marxistas. Están aquí. Aquí mismo. En esta sala.

**Acusador.**—(Con gravedad). Se ruega a los marxistas que abandonen la sala.

(Nadie abandona la sala).

**Acusador.**—Lo repito por segunda y última vez. Se ruega a los marxistas que abandonen la sala.

**Acusado.**—No se irán. Se pegan como lapas. Se han infiltrado a todos los niveles.

(Se levanta un señor de la sala).

**Marxista.**—Yo me he sentido parcialmente aludido. Yo soy marxista, es cierto, pero también soy leninista y otras aportaciones del pensamiento revolucionario.

**Acusador.**—Dice que es marxista, leninista y otras aportaciones del pensamiento revolucionario. ¿Qué le parece?

**Acusado.**—Son los peores. Se lo digo yo.

**Acusador.**—Al primer escándalo que arme, señor marxista, le expulso de la sala.

**Marxista.**—Los marxistas amamos el orden establecido porque no nos gusta.

**Acusado.**—No, si labia no les falta. Son unos picos de oro, señor acusador y te envuelven de palabras. Como aquella noche. Me venían uno detrás de otro. Venga hombre, déjalo correr y deja salir a estos señores. Te ofrecemos una salida airosa. A mí. Es decir, el que necesitaba una salida airosa era yo. A mí me han mandado salvar España y la salvo reviente quien reviente.

**Acusador.**—¿Considera usted que su acción de aquel día ha ayudado a salvarla?

**Acusado.**—¿Qué número sacó en su promoción?

**Acusador.**—Un número alto.

**Acusado.**—Pues muy espabilado no nos ha salido usted. ¿Cómo iba a salvar a España si empiezan a rodearme de plañideras y resulta que el Enviado es más prudente que una virgen prudente. Llego el Enviado y yo le digo: Toma, cautivo y desarmado el ejército rojo se han cumplido los últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. ¿Usted cree que se lo

tomó en serio? Empezó a decir que si patatín, que si patatán. Que tal vez sería sensato compartir el pastel con los retenidos. Mire, no le dije lo que pensaba de él ni le hice lo que tenía que hacer con él porque todo me lo gasto en un pronto y luego me sale lo que llevo dentro, un alma más pánfila que un cubo. Y venga a pasar las horas y venga las plañideras con el no seas tonto, que te pierdes, hasta que te hinchán la cabeza y te hacen dudar de lo indudable. Yo me cogía los sesos y me decía, pero vamos a ver: ¿Qué estoy haciendo yo aquí? Salvando España. ¿Por qué no se reconoce que estoy salvando España?

**Acusador.**—Tal vez se había usted explicado poco.

**Acusado.**—¿Le parece a usted insuficiente el código semiótico que mi menda llevaba encima?, ¿todo el meta-lenguaje que esta percha acarrea eran natillas azucaradas?, ¿para qué se viste uno como yo me vesti y se calza uno un pistolón de no te menees, para ir a una Procesión? No querido, no. Todo eso se hace para salvar España. Así ha sido siempre y así siempre será.

**Acusador.**—No seré yo el que niegue el papel y la fuerza de los valores tradicionales.

**Acusado.** Pues si no es usted yo tampoco. Y aprovecho la ocasión para hacerme por enésima vez una pregunta que por enésima vez no se me contesta: ¿Qué hago yo aquí y que hace usted allí?

**Acusador.**—A mí me han dicho, pá-sate por allí y...

**Acusado.**—¿Lo ve usted? y usted, naturalmente, cumple con su deber. No hice yo otra cosa el día de autos como usted dice.

**Acusador.**—Ni juzgo ni prejuizo. Me limito a instarle a que se exprese y nos aporte verdades objetivas sobre realidades objetivas.

(Se levanta muy airado un acusado).

**Acusado III.**—Expreso mi más indignada protesta por el lenguaje que está empleando el señor acusador. El amor a la patria está por encima de cualquier objetividad.

**Acusador.**—(Indignado) ¡Eso por descontado! ¡No tolero lecciones de patriotismo de nadie!

**Acusado III.**—Las lecciones de patriotismo no se toleran, se asumen.

**Acusador.**—¡Siéntese!

**Acusado III.**—(Dirigiéndose al acusado I). ¿Me siento?

**Acusado.**—Siéntate para que luego esos de la prensa no digan que eres un indisciplinado.

**Acusador.**—Gracias por su colaboración.

**Acusado.**—Ya se lo he dicho, yo bien llevado soy una pluma.

**Acusador.**—Es curioso porque así de buenas a primeras tiene usted una entrada dura, demasiado enérgica.

**Acusado.**—Es el pronto y una cosa así, de cara, pero luego, nada. Fíjese usted. Los tenía a todos allí, podía hacer con ellos lo que quisiera. Me venía uno: ¿puedo ir a hacer pis? Vaya a hacer pis. Tengo úlcera de estómago y no soporto los bocadillos de jamón a palo seco. Que le unten el pan con Tulipán.

**Acusador.**—Tulipán lo hace todo más apetitoso.

**Acusado.**—Y a mí que no me gusta.

**Acusador.**—¿No le gusta el Tulipán?

**Acusado.**—Tiene una cosa melosa, así, pegajosa que me da un nó se qué.

**Acusador.**—Pues a mí me encanta.

**Acusado.**—No si hay gente para todo. A mí donde se ponga el pan pan y el chorizo chorizo nada de pringues.

**Acusador.**—Si el chorizo es chorizo, sí.

**Acusado.**—Chorizo, chorizo, claro.

**Acusado II.**—(Carraspea e interviene desde su sillón). La mortadela si es buena tampoco está mal y no necesita margarina de mesa.

**Acusador.**—Pero ha de tener su poco de pistacho, porque si no la mortadela sabe a badana cocida.

**Acusado.**—Me lo ha quitado usted de la boca. Muy cierto.

**Acusado II.**—Y es que uno no sabe de qué hacen las cosas. ¿Querrán creer que la mortadela es de patata?

**Acusador.**—¡No!

**Acusado II.**—Que sí, hombre, que sí. Tengo un cuñado empleado en una fábrica de embutidos y me lo dice siempre: la mortadela, patata y esencia.

**Acusador.**—Si es que no hay derecho.

**Acusado.**—Aquí tendría que hacerse como en Rusia, que no se toleran los fraudes alimenticios.

**Acusador.**—Al que defrauda le fusilan.

**Acusado.**—O le meten en un manicomio, para que se joda. Y así les va el pelo. En cambio aquí con tanta democracia y tanto marxista te encuentras medio ABC dentro de una pastilla de turrón de Jijona.

**Acusado III.**—Si es el ABC menos mal, pero es que a veces te sale el Diario 16.

**Acusado IV.**—Y mezclan la leche con orines de asno.

**Acusador.**—¿Por qué de asno?

**Acusado IV.**—Porque son más blancos que los de yegua.

**Acusador.**—¿Más blancos los de asno que los de yegua?, ¿seguro?

**Acusado.**—Claro. ¿Pero es que usted no se había dado cuenta todavía?

**Acusador.**—Pues ya ve usted lo que son las cosas, mil veces lo habré visto y nunca he caído.

**Acusado.**—Pues son más blancos y más consistentes. Es decir, que dan el pego lechero y el consumidor a pagar.

**Acusado II.**—Es que no se respeta a la gente humilde. Los capitalistas campan por sus respetos. El trabajo genera plus valía y esa plus valía no revierte en beneficio de los trabajadores. Revierte en beneficio del empresario, que luego no sólo no invierte creando nuevos puestos de trabajo, sino que incluso descapitaliza la misma empresa que le produjo esos beneficios.

**Acusado.**—Toma castaña. Aprenda usted lo que sale de este cerebro. A este me lo llevé yo para que pensara. Más listo que Lepe y habla cuatro idiomas.

**Acusado II.**—My woman is farmer.

**Acusador.**—Pues es verdad.

**Acusado.**—Díselo en alemán.

**Acusado II.**—No que luego te miran como si fueras un empollón.

**Acusado.**—Y estos eran mis hombres, casi ná. Y luego ya pueden decir que eramos unos salvajes. De otra manera nos hubiera ido si nos hubiéramos comportado como salvajes.

**Acusador.**—El que les llame a ustedes salvajes tendrá que vérselas conmigo.

**Acusado.**—Es de agradecer.

**Acusador.**—Hablando la gente se entiende.

**Acusado.**—Eso dicen.

**Acusador.**—¿Y si yo le pongo treinta años y un día, cómo reaccionaría usted?

**Acusado.**—(Sorprendido e indignado se dirige a los otros acusados). ¿Lo oís? Parecía que iba bien y se le ha vuelto a atascar el cerebro. ¿Qué cómo reaccionaría?, ¿y usted me lo pregunta? Pues como hay que reaccionar. Me lo tomaría como un acto de servicio. Lo mismo, lo mismito que lo que hice el día que lo hice. Treinta años y un día, pues treinta años y un día. ¿Qué son quince? Pues quince. ¿Cuarenta? Pues cuarenta. Si aquí está el quid de la cuestión, señor mío. La disciplina. La dis-ci-pli-na. ¿Se entera usted? ■